

Publicado en www.relats.org

**MITOS Y LEYENDAS SOBRE EL TRABAJO EN EL SISTEMA CAPITALISTA.
¿EL TRABAJO DIGNIFICA? ¿CADA UNO ES ARTÍFICE DE SUPROPIO DESTINO?**

Luis Enrique Ramírez

Enero 2023

El sistema capitalista, en mi modesta opinión, es el resultado de la conjunción de la ideología parida por la Revolución Francesa, el liberalismo, con un cambio radical de las formas de producción de bienes, provocado por el invento de la máquina a vapor. La producción mecánica desplaza a la producción artesanal y da nacimiento a la llamada primera Revolución Industrial.

Uno de los pilares de este proceso es el reconocimiento del derecho de propiedad, elevado a la jerarquía de un derecho natural de los individuos y, por lo tanto, inviolable. Claro que la humanidad hacía cosas que había aparecido en el planeta y, al consagrarse este derecho, con semejante jerarquía, los bienes que la naturaleza ofrecía ya habían sido en gran parte repartidos, habiendo las grandes mayorías “llegado tarde” a ese reparto. Cuando éramos chicos, a esto se lo llamaba “¡pelito para la vieja!”, que significaba legalizar lo que se había conseguido ilegítimamente.

El sistema capitalista consolida esta situación, originando de tal forma la existencia de dos clases sociales. Una, minoritaria, compuesta por los titulares de los medios de producción, y otra, mayoritaria, que carece de un patrimonio para atender sus necesidades y a la que sólo se le ofrece tres medios para la subsistencia: trabajar para los primeros, recurrir a la caridad pública o privada, o el delito. Descartadas, en principio, las dos últimas alternativas, a los componentes de esta clase social sólo les queda la opción de “vender” su capacidad de trabajo a los primeros. Por eso no son pocos los autores que piensan que el trabajo asalariado es, en realidad, “trabajo forzoso”.

Por supuesto que en los límites de este marco, titulares de los medios de producción y trabajadores se necesitan recíprocamente. El capital precisa del trabajo para crear riqueza, así que aquí lo que se plantea es el tema del “precio” que tiene que pagar por él, sin afectar la rentabilidad que espera obtener.

A la primera Revolución Industrial la suceden la segunda y la tercera, originadas en la aplicación de importantísimas innovaciones tecnológicas aplicadas a los procesos productivos. Cada una de ellas provoca la destrucción de empleos vinculados con la anterior, pero crea nuevos puestos de trabajo que compensan los que desaparecen.

En todo este período el capital garantizó el “pleno empleo”, ya que necesitaba prácticamente a toda la mano de obra disponible, siendo, en mi opinión, una de las causas por las que ha podido sobrevivir hasta nuestros días. Difícilmente lo habría logrado si importantes sectores de la sociedad hubieran quedado marginados del mercado de trabajo, ya que ello habría generado una situación social explosiva.

El pleno empleo que el sistema ofrecía era una condición necesaria pero insuficiente para la “paz social”. Era necesario, además, generar aceptación de la más que evidente desigualdad económica y social que el capitalismo naturalmente origina. En una primera etapa eso se conseguía a los

garrotazos. Las fuerzas armadas y los golpes militares garantizaban que la clase social dominante no perdiera sus privilegios y prebendas.

Pero la evolución de la conciencia social de la humanidad puso en jaque este sistema de dominación, así que fue necesario recurrir a métodos mucho más sutiles, aunque claramente mucho más efectivos. Me refiero a la “colonización” mental. Y en esta cuestión que estamos analizando se recurrió a un slogan cuya eficacia ha sido evidente: **“el trabajo dignifica”**.

La frase parece halagar al que trabaja en general y, en especial, al que lo hace en relación de dependencia, y de ahí su rápida y fácil asimilación y aceptación. Con el trabajo, entonces, el sujeto no sólo obtiene su sustento y el de su familia, sino que, además, se dignifica. Un doble motivo de gratitud hacia el dador de trabajo, que lo aleja de la tentación de cuestionar por qué algunos tienen y muchos no. El bombardeo constante de los medios de comunicación, en su mayoría al servicio del poder económico, hace el resto del trabajo. En los tiempos que corren, y en los que corremos, no hay tiempo para indagar sobre la verdad o falsedad de estos discursos.

Pero, a poco que se reflexione sobre este tema, se podrá advertir que el slogan “el trabajo dignifica” no es sino una falacia, un gran engaño. Si fuera verdad, entonces la dignidad no está en la persona sino en lo que ella hace, y todos sabemos a esta altura del partido y en pleno siglo XXI, que la dignidad del ser humano es algo inherente a él mismo, independientemente de lo que haga o deje de hacer, tal como lo reconocen, desde la Declaración Universal de Derechos Humanos (10/12/1948) en adelante, todos los convenios y tratados internacionales que tocan el tema.

Una prueba de la falsedad de la afirmación de que el trabajo dignifica, está en la constatación de que sólo tiene validez para un sector de la sociedad. En efecto, el pobre que por cualquier motivo no trabaja “es un vago”, pero el rico que hace ostentación del ocio y se pasea por el mundo con su yate es tapa de la revista ¡HOLA! Una doble moral, francamente inaceptable.

Con la cuarta Revolución Industrial, la de la informática, la robótica, la inteligencia artificial, las comunicaciones inalámbricas, la automatización de los procesos productivos, etc., el sistema capitalista puede entrar en una gran crisis. No una crisis económica, de las que cíclicamente se producen, sino una crisis filosófica.

En efecto, por lo que he dicho más arriba, en la medida que el sistema productivo permitía plantear como posible el pleno empleo, el trabajo aparecía como el gran ordenador social, como un valor central que estructura nuestras relaciones sociales y nos permite la autorrealización, al menos como promesa. Es la famosa “centralidad del trabajo”, en la sociedad salarial del sistema capitalista.

Pero la velocidad y la intensidad inusitadas de la cuarta Revolución Industrial, parece poner en crisis ese paradigma. Los avances tecnológicos permiten automatizar la mayoría de los procesos industriales, incrementando exponencialmente la productividad laboral: se produce cada vez más, con menos trabajadores. Y los nuevos empleos que se crean, que para mí no alcanzan a compensar todo el que se destruye, son de una complejidad tal que demandan una elevada capacitación y nivel de conocimiento. Los que pierdan su trabajo difícilmente logren reinsertarse en el mercado laboral.

Algunos autores vaticinan que, en poco tiempo, el sistema productivo mundial podrá funcionar con la mitad de la mano de obra que actualmente utiliza. Así que los Estados y el poder económico se están planteando qué hacer en tal caso con todos los que quedarán al costado del camino. Y, lo más difícil, como desactivar el discurso de que lo que dignifica es algo que será un bien escaso e inalcanzable para grandes mayorías. Quizás esto explica la enorme atracción que hoy tiene el debate sobre la asignación universal para toda persona, cualquiera sea su situación social o económica. Y la reivindicación del ocio, que tan mala prensa ha tenido hasta el presente.

Otro slogan del sistema capitalista, emparentado con el anterior y también una enorme falacia, es el que dice que **“cada uno es artífice de su propio**

destino”, repetido hasta el cansancio por la mayoría de nosotros e, incluso, por preclaros pensadores de fama mundial.

Si fuera verdad, los pobres, marginados y excluidos del reparto de los bienes materiales y espirituales que la sociedad brinda, serían los únicos responsables por su situación. Con este discurso se logra, nada más y nada menos, que todos los perdedores se culpen por su derrota, y dejen de preguntarse por qué viven en una sociedad absolutamente desigual e injusta. Sólo así se explica, en mi opinión, un enorme control social que impide que el sistema explote.

La construcción de un nuevo orden social, más justo y solidario es un sueño. Pero bien se ha dicho que el sueño de uno es sólo un sueño, pero el sueño de muchos es el comienzo de la realidad. Vaya en esa dirección este modesto aporte.